



Una vida de servicio a Dios

Moape se levanta con el sol. Incluso a sus setenta y siete años, su rutina de las mañanas sigue siendo la misma: pies en el suelo antes del amanecer, una oración y directo a su escritorio. “Me gusta ser el primero en el trabajo”, dice con una sonrisa. “Dios se merece mis mejores horas”.

Moape creció en la escarpada costa de Ra, en las islas Fiyi. Su padre, pastor de iglesia, le enseñó a remendar redes de pesca, a barrer el piso de la capilla y a saludar a cada vecino por nombre. “Yo vi a mi padre servir a la gente”, recuerda Moape, “y pensaba para mis adentros: ‘Así es como quiero yo vivir mi vida’”.

Tras la secundaria, Moape fue a la Universidad Fulton, un campus en la ladera de una colina, con árboles frangipani dando sombra a los caminos. Estudiaba, oraba y empujaba pesados rodillos en la imprenta de la universidad. La tinta le manchaba los dedos, pero la esperanza le llenaba el corazón.

Un viernes, se arrodilló junto al púlpito de madera de la iglesia de Suva y le pidió a Dios una compañera en el servicio. “Envíame a una mujer que te ame”, susurró. Y Dios le respondió. Se casó con Mere, una amable correctora de pruebas con la que tuvo tres hijas. La pareja prometió seguir a Dios dondequiera que él los guiara.

Su primera misión fue en la Casa Publicadora Trans-Pacific, en Suva. Moape cargaba papel al amanecer, ajustaba la rotativa y veía cómo los folletos con el mensaje de salvación salían en ordenadas pilas. Cuando el director de la imprenta oyó que Moape soñaba con ser pastor, negó con la cabeza.

—Quédate en la imprenta —lo instó—. Cada página que imprimes llega más lejos que un sermón.

Eso lo conmovió profundamente. “Me di cuenta de que un hombre de pocas palabras como yo tenía un medio excelente para compartir la esperanza”, afirma.

Moape trabajó en la imprenta durante nueve años. Su trabajo duro lo llevó a ascender a maquinista, luego capataz y, por último, a responsable financiero. Cada promoción era como un suave empujón de Dios.

En 1978, la prensa enmudeció. La Unión la cerró y le pidió a Moape que llevara la contabilidad en la Universidad Fulton. La familia empacó sus pocas pertenencias y se fueron en automóvil manejando montaña arriba, esperando llegar a una buena casa en el campus. Sin embargo, lo que encontraron fue una casa de madera desgastada por la intemperie, con goteras en el tejado y paredes en mal estado. Mere rompió a llorar.

—Volvamos a Suva —le suplicó a su esposo.

—No —le dijo Moape rodeándole los hombros con un brazo—. No estamos aquí por comodidad. Estamos aquí por el Señor.

Los dos se pusieron a limpiar, pintar y arreglar la casa, hasta que las paredes quedaron relucientes. Con el tiempo, esa casa se convirtió en la casa de huéspedes para los líderes que visitaban la universidad. “Nuestra casa, que era la peor, Dios la convirtió en la mejor”, le gusta decir a Mere con una sonrisa en la voz.

Los años pasaron. Los estudiantes le pedían consejo a Moape; los niños jugaban

Cápsula informativa

- En las islas Fiyi hay 28.757 adventistas, que se reúnen en 183 iglesias y 318 compañías. Con una población de 907.000 habitantes, esto supone una proporción de un miembro de iglesia por cada 32 fiyianos.
- La religión mayoritaria de Fiyi es el cristianismo. La población cristiana está compuesta por un 34 % de metodistas y un 30 % de otras confesiones. Alrededor del 28 % de los fiyianos son hindúes y el 6 % musulmanes.
- El primer misionero adventista en Fiyi fue John I. Tay, que llegó al país en 1891, en el barco misionero Pitcairn. Desgraciadamente, enfermó y murió pocos meses después.

bajo los mangos; y los libros de contabilidad cuadraban hasta el último centavo.

Una tarde, un antiguo alumno de la universidad, que era de Tahití, llegó vestido con un elegante traje.

—Voy a montar un negocio —le dijo a Moape—. Si aceptas dirigirlo, te triplicaré el salario y te daré un auto y una casa nueva.

La oferta era muy atractiva, pero Moape no dudó. Levantó la mirada y respondió con firmeza:

—Ya he aceptado servir a Dios hasta que me jubile. No hay dinero que pueda cambiar eso.

El hombre suspiró y se fue de Fiyi al día siguiente.

Momentos como ese fortalecieron la fe de Moape. “Cada prueba me hacía apoyarme más en Dios”, dice. Las oraciones diarias lo anclaban; oraba por la mañana temprano

junto a un árbol del pan, a mediodía en un aula vacía y por la noche con su familia alrededor de una pequeña lámpara de queroseno.

Finalmente, tras 52 años de servicio, Moape cerró la caja fuerte de la universidad por última vez y se fue a casa caminando al caer la tarde. Ya no era el joven de pies veloces que cargaba papel en Suva, pero su sonrisa era más amplia. Mere lo recibió en la puerta, con sus hijas y sus nietos detrás. Cocinaron mandioca, cantaron himnos y contaron historias hasta bien entrada la noche.

“¿Qué mensaje quiere transmitir a los corazones más jóvenes?”, le preguntamos. Él respondió al instante, citando un versículo que aprendió de niño: “Confía en Jehová con todo tu corazón y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos y él hará derechas tus veredas” (Proverbios 3:5, 6). Luego añadió su propio y sencillo reto: “Pon a Dios en primer lugar, cada mañana y en cada decisión. Puede que empieces en una casa vieja y desbaratada, o en una ruidosa imprenta, pero él te llevará exactamente adonde tienes que ir”.

El sol se pone sobre Ra, pintando el cielo de naranja y oro. Mañana, antes de que cante el primer gallo, Moape se levantará de nuevo, dispuesto, como siempre, a ser el primero en trabajar para Aquel que lo ha guiado en todo el camino.

Parte de la ofrenda del decimotercer sábado del primer trimestre del año 2000 ayudó a ampliar la biblioteca de la Universidad Adventista Fulton. Gracias por su generosidad en las ofrendas de este trimestre, que apoyarán proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.